



Cristina  
Cerezales Laforet  
Música blanca



# Música blanca

Cristina  
Cerezales  
Laforet

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1138

© Cristina Cerezales Laforet, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: enero de 2009

Primera edición en esta presentación: junio de 2022

ISBN: 978-84-233-6182-3

Depósito legal: B. 7.488-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Es un jardín de árboles altos y suelo de tierra batida. Tu hermano quería un lugar así, con pinos y aire fresco y limpio, como a ella siempre le había gustado. Cercedilla. Él pensó en Cercedilla, donde ella se refugiaba para trabajar y pasaba largas temporadas en casas humildes, la chimenea encendida a modo de calefacción y escribiendo, a veces arropada en una manta. Vosotros disfrutabais de esas casas algún fin de semana o en verano, pero el año en que cumpliste los dieciocho, tu madrina cambió de coche y te regaló el Segoviano, su viejo seiscientos, y descubriste entonces que aquellos retiros eran estoicos. Aquellas huidas a la soledad de la sierra en invierno tenían un precio.

¿Cómo saber ahora si a ella le gusta este jardín o no? Algunas veces te inventas que sí, que es un lugar especial que ella habría elegido para recoger su silencio, y otras, prefieres no pensar porque se cuele en ti el gusanillo de la angustia, de la impotencia de hacerla feliz, de regresarla a su ser aunque te asuste ese retorno. Poco a poco va retirándose de la palabra, de la misma forma que se retiró de la escritura, aunque todavía de vez en cuando te dedica alguna frase que te emociona por su pureza.

Te ilusionaba a los dieciocho años el regalo del coche, el primero que aparecía en la familia, y decidiste aprove-

char la libertad que te brindaba. Al caer la tarde subías a Cercedilla para pasar las noches con ella en su retiro. Recuerdas el viento bramando contra los cristales y colándose por las ranuras entre las ventanas y la pared. Eran casas de verano en malas condiciones para los fríos serranos. No necesitabais a nadie. Os teníais la una a la otra, juntas y separadas, cada una absorta en su mundo. Sólo recibíais la visita de la lechera, envuelta en un chal negro moteado de nieve o de granizo.

Se ha puesto contenta al verte. Y tú prefieres no analizar lo que sientes. Hoy decides pensar que todo está bien, que la facilidad de su mente para evadirse del entorno la ayuda a superar esta dura etapa de la vida. Quieres compartir la alegría que te ofrece, disfrutar con ella de la luz otoñal que se filtra entre los árboles del jardín. Te acaricia la cara y te contempla con orgullo: «Mi niña». Hoy es un día importante. Has venido cargada con cuadernos, lápices y bártulos de pintura. Quieres que ella escriba para ti. Piensas que va a hacerlo, no sabes por qué, has tenido una corazonada. También has traído un lienzo, por si acaso. Puede que sean dos intentos inútiles porque hace tiempo que ella dejó de escribir y a ti te está abandonando la emoción de la pintura. A pesar de todo, quieres captar eso que lees en ella, esa sensación.

Recuerdas aquella mesa en Cercedilla atiborrada de libros y papeles, y las papeleras repletas de cuartillas escritas y rotas. Acomodaste un espacio para ti entre sus trastos, respetando su desorden y anexionando el tuyo, sin mezclarlos. No ibas allí a distraerla sino a compartir ese retiro voluntario. Llegabas también cargada de libros, cuadernos y lápices, y reavivabas el fuego de la chimenea que, a menudo en su ensimismamiento, ella había dejado morir.

Tienes la impresión de que ella está viendo lo que tú ves, como si también rememorara aquellos tiempos de energía compartida. Lo intuyes en su mirada cómplice y en su sonrisa. A lo mejor eso ayuda a tu propósito. Pienzas que deben de existir algunas vías de comunicación entre vosotras que quizá pudierais reactivar. Intuyes que ella se ha retirado una vez más, como tantas; que se ha alejado para no ser dañada y para no dañar, pero el espacio que ha elegido esta vez no es de fácil alcance. Estás dispuesta, sin embargo, a intentar recorrer ese camino, quieres llegar hasta ella. Tienes que descubrir el vehículo que te conduzca.

Ya no sirve el Segoviano que trepaba cuesta arriba hacia ese aire fresco y puro que ha evocado tu hermano Agustín. Casi todas las noches se salía la leche del puchero porque olvidabais las dos que lo teníais al fuego. Te gustaba dibujar sus manos tan expresivas, largas y nerviosas, sujetando el pitillo o tecleando la máquina de escribir. A veces conseguías llegar más temprano y hacía sol, aunque frío, y salíais a dar un paseo.

«¿Quieres que caminemos un poco?», le preguntas ahora. Le cuesta andar pero siempre se muestra dispuesta a hacerlo apoyada en ti.

¡Aquellas caminatas por el monte bravo!... ¡Ésas sí que eran estimulantes! A veces hablabais de todo, pero a menudo paseabais en silencio, tú percibiendo colores y formas, ella dando vueltas en la cabeza a situaciones de su novela. Tanto ella como tú sonreíais a lo que llevabais dentro. Y de vez en cuando os sonreíais la una a la otra.

Ahora también. «Llegamos hasta allí y damos la vuelta, ¿de acuerdo?» Estás impaciente por probar la escritura. De pronto se te ha ocurrido que va a comunicar-

te algo revelador. Sabes que tiene dificultad en formar las letras y que hace tiempo que padece de *grafofobia*, pero no piensas rendirte. Ya habéis terminado el paseo y os sentáis. Han llegado tu hija Clara y su amiga Miriam y se sientan con vosotras. Ella sonríe a las jóvenes y les tiende la mano en un gesto cariñoso.

Cuando nació Clara,  qu  felicidad! Fue un descubrimiento aquella inmensa alegría de ser abuela. «Yo no sabía lo que me pasaba —te cont —. Iba cantando por la calle, tenía ganas de parar a la gente para darles la buena nueva.»

Las chicas vienen alegres y traen dulces para la Nonna. Hay otras mesas en el jardín que van siendo ocupadas, hace una tarde espléndida. Una señora se sienta frente a un teclado de piano y toca en él canciones pegadizas y alegres. «Son canciones de tu tiempo,  verdad, Nonna?»

Eligió el nombre de Nonna cuando estaba en Italia. Le gustaba más que el de abuela y las niñas se acostumbraron a llamarla así.

Sigue el ritmo con la mano y sonríe, se le notan las ganas de bailar. Un hombre se acerca a vuestra mesa y os señala con el dedo: «Una, dos, tres, cuatro. Cuatro juntas para estudiar. Yo creo que se equivocan ustedes. D ganlo para rectificar». Miras a Clara con angustia, pero ella se r e y barre las tristezas. La Nonna la mira con agradecimiento. Le gusta que sus nietas est n alegres, que haya alegría a su alrededor. Repartes los papeles. «Lo mejor será que escribamos todas para que no sea tan solemne.» Pero ella, rebelde como siempre, no se apunta al juego: «Dibujad vosotras, yo prefiero miraros». Y ahí est is las tres dibujando y escribiendo mientras ella os contempla a

través del humo de su cigarro. Habéis agotado casi todos los papeles. Clara y Miriam ya tienen que retirarse. Tú te quedas un rato más con ella. No te resignas, ¡estabas tan segura de que te iba a comunicar algo importante!, quizá el vehículo para acceder a su espacio. «Me haría mucha ilusión que me escribieras algo», le insistes. Las mesas van quedando vacías, pronto será la hora de la cena. Esta vez accede a tu deseo. Te mira, te contempla, toma el lápiz y escribe dos palabras. Sólo dos: «UNA... ÚNICO». Las lees y no entiendes. No era eso lo que tú pensabas, ¿qué esperabas? Le vuelves a insistir. Ella toma un lápiz rojo de la caja de colores y subraya las palabras con energía. No es un juego, no hay más. Eso es lo que ella quiere comunicarte. ¿Qué significa? Mientras las jóvenes hablaban con ella tú has intentado esbozar su retrato. Contemplas tu trabajo pero no te gusta. Todo lo que has pintado en el lienzo es demasiado evidente, ¿qué te importan las ramas de los pinos, los pliegues de la chaqueta, la postura de las manos? Tú querías su mirada, sólo la pureza de sus ojos que han perdido todo rastro de oscuridad, como si hubieran muerto un poco, o vivieran solamente en la luz... ¿Cómo se pinta la luz sin la oscuridad? Frente a ella dejas otra hoja del cuaderno. Ella dibuja para ti un animalillo saltando, como atravesando un espacio blanco. Antes de entregarte su dibujo firma el papel: Carmen Laforet.

Andrea del Sarto. Ahora estás viendo a tu madre de niña, como te ha contado, sentada en un sillón de su casa de Las Palmas, con uno de esos grandes tomos encuadrados en piel de *Los Grandes Museos de Europa* en las rodillas, admirando los cuadros de Andrea del Sarto a quien ella creía mujer. Algún día yo seré como ella, pensaba, una gran pintora. Fue escritora y su primera protagonista se llamó Andrea como Andrea del Sarto. Se lo hiciste notar. Ella nunca había reparado en esa coinci-



dencia. La vocación de pintora te la trasladó a ti, a tu hermano Manuel, a tu hermana Marta. Te parece una lástima que no haya podido dar el salto de una vocación a otra cuando se hizo necesario, cuando la escritura se volvió enemiga y ya no servía a su expresión.

Detrás de los pinos han aparecido unas nubes rojizas. Está cayendo la tarde. Último intento. Se da cuenta de que no has entendido, pero no parece importarle. Vuelve a trazar las mismas palabras para ti en la hoja que acabas de entregarle, y de nuevo las subraya. Añade alrededor unos signos extraños. Le das las gracias y recoges los papeles. Ahora sabes que la escritura ha vuelto a serle fiel, y que esas dos palabras, aunque tú todavía no las entiendas, son exactamente lo que ella te quiere transmitir.

Cuando te despidas, ella experimenta un primer momento de confusión, de desamparo. Después, su expresión se serena, como si hubiera recuperado un eslabón perdido.

Me sumerjo en mi interior y desaparece la angustia de no saber qué significa este espacio ni quiénes son las personas que me rodean. Acabo de acceder a mi lugar secreto de donde manan las maravillas, veo luces de colores que se desprenden de mis manos y se desvanecen en el aire. Trato de atraparlas antes de que desaparezcan. Algunas de las personas que circulan por aquí tienen luz, muy pocas. Cuando alguna de ellas pasa rozándome, yo cierro los ojos, y veo.

Ver no es sólo ver, es comprender lo inexplicable. No puedo definir exactamente lo que es porque no existen palabras. A veces me coloco al lado de las personas que sufren porque sé que mi luz les aporta consuelo. A mis hijos ya no puedo consolarles porque soy yo su preocupación. Cuando vienen a visitarme, noto la pena en sus caras, y cuando se van, me dejan desamparada. Su tristeza me resta energía y tengo que sacudírmela de encima para seguir generando capacidad de

vivir. Él permanece conmigo. A veces siento Su Presencia, y otras no, pero Él está en mí. El Espíritu Santo al que yo tanto he invocado ha atendido mis súplicas. Yo a veces desesperaba de no tener respuestas porque aún no sabía que la vida es una vibración y que la respuesta puede llegar, indiferentemente, en un punto u otro de la existencia. Ahora lo entiendo mejor al haber adquirido la habilidad de trasladarme a mis distintos cuerpos. No siempre es un viaje de placer. Ahora estoy agarrotada por fuera y antes estaba agarrotada por dentro. Pero en mis paseos recupero por instantes los placeres sensoriales que son una trampa deliciosa. Me siento como Endimión, el personaje mitológico que describió en su libro mi amigo Enrique de Rivas, y que tenía la facultad de volar en el espacio y en el tiempo a través de otros cuerpos. Yo sólo puedo volar a través de mis diferentes edades, pero es casi lo mismo porque mi cuerpo ha ido cambiando tanto que es como si encarnara cuerpos diferentes cada vez. De vez en cuando se activa mi memoria genética y hago un vuelo más lejano trasladándome al cuerpo de algún antepasado de otro siglo, pero eso no es frecuente.

Ahora soy joven. Ya no tengo el pelo blanco sino una espesa melena ondulada de color rubio oscuro. Estoy rodeada de mis hijos-niños sonrientes. Son míos y yo soy de ellos. Pero también soy independiente, no quiero sentirme reducida a la maternidad como único objetivo de mi existencia. Siento en mí una rebeldía estimulante. Me gusta este momento, pero alguien está tratando de captarme en el presente, regresándome a mi cuerpo anciano. Parece necesario que colabore con la persona que me está desvistiendo para acostarme. Es mi deber atender a este cuerpo, ayudarle a resistir. Con torpeza la muchacha trata de colocar mis brazos dentro de las mangas del camisón. Quiero ser amable con esta persona, escuchar las palabras que me dice y que se desvanecen en cuanto las pronuncia, sólo percibo la prisa que tiene por dejarme acostada y acabar su jornada de trabajo. Se despide de mí pidiéndome que duerma tranquila.

No siempre fue fácil la comunicación entre vosotras. Ella tenía lugares en sombra que no quería desvelar. Tú querías forjar tu vida de adulta con total independencia. La disciplina férrea de la infancia impuesta en el piso pequeño de la calle O'Donnell, lugar de trabajo de los dos padres escritores además de refugio de amigos necesitados, y guardería de los cinco niños reclusos en una pequeña habitación de juegos, se interponía entre vosotras. Pero también estaban los veranos, las vacaciones sagradas que nunca os escatimó. Arenas de San Pedro. El aire limpio y fresco lo situas tú en los pinares de Arenas, que corresponden más a tu infancia que a la de Agustín. Allí vivías inmersa en la naturaleza: aspirando, observando, recogiendo y sintiendo. Sintiendo. Entonces entendías las cosas sin necesidad de palabras, sin saber por qué las entendías. Recogías del aire vibraciones que se abrían en el espacio como las ondas en el agua de la charca que contemplabas con paciencia inagotable de pescadora. A veces pasabas tardes enteras balanceándote en el columpio de la higuera o escondida en la frondosidad del viejo castaño, dando vueltas a tus pensamientos, sola, ni triste ni alegre, sintiendo la importancia de tu presencia en medio de la naturaleza. Era una soledad elegida, oías voces lejanas que te reclamaban para el juego y en esos momentos no las atendías porque necesitabas ese tiempo y ese espa-

cio exclusivamente tuyos. A ella la percibías entonces distanciándose y acercándose, más cerca de ti cuanto más alejada en distancia. Cuando no la veías, cuando estaba lejos, sentías que te quería libre y salvaje, que deseaba que hicieras todo lo que se te ocurriera y que se te ocurrieran muchas cosas. Sin embargo, cuando aparecía y se concretaba, traía a menudo consigo exigencias y enfados, deberes que cumplir, horas de siesta obligatoria. Sin saber por qué lo sabías, sentías que todos esos obstáculos eran necesarios para alcanzar la verdadera libertad que nunca se ofrece sola, y ése era un pensamiento que te confortaba y que aportaba a tu vida un equilibrio. A menudo, casi siempre, resultaba difícil complacer a tu madre en sus dos modalidades: la distante y la cercana. Tú sabías que si obedecías y te conformabas con una vida pequeña y estrecha estarías complaciendo sólo una parte de su ser, la más cercana y superficial. Pero intuías también que si osabas atreverte a ser como eras, a cumplir tus deseos y desestimar las imposiciones, su enfado tremendo podría nublar la dicha de tener una hija libre y ocurrente. La solución era el secreto. En las horas de reflexión, cuando sentada en la rama de algún árbol profundizabas en tus pensamientos, comprendías que era necesario llevar una vida secreta para cumplir el destino que ella había deseado para ti el día de tu nacimiento. En las largas temporadas grises del invierno en que tus posibilidades vitales se reducían, tus sensaciones eran más profundas y dolorosas. En Arenas, te abrían a la maravilla. ¿Cómo podrías explicarlo? Rescatas de la memoria el recuerdo de una tarde de tu vida secreta.

Oyes el canto de las chicharras. Es una tarde de verano y todo parece dormir en la casita de Arenas de San Pedro. Pero ella no duerme. Está sentada bajo la sombra del emparrado tecleando en su máquina de escribir. Tú tampoco duermes. Desde la ventana de tu alcoba la observas a ella trabajar. Sabes reconocer los síntomas de su con-

centración y acechas el momento oportuno para deslizarte sigilosamente por la ventana y escapar de la tediosa siesta. Tratas en vano de convencer a la gatita *Basi* o a la gallina *Culosucio* que suelen seguirte por las inmediaciones de la casa, para que te acompañen. Es una hora inclemente y todo invita al reposo; pero a ti te gusta el canto de las chicharras, el calor seco de la tierra, la sombra tibia de los pinos, el croar de las ranas en la poza... Cruzas por detrás de la casa hacia el manantial del bosque y pasas un buen rato entretenida en cuclillas persiguiendo a los saltamontes de alas azules que cazas con la mano y ensartas sin compasión en una paja acabada en espiga para utilizarlos más tarde como cebo de pesca. Tienes las piernas morenas y arañadas, y contemplas con orgullo varias cicatrices en las rodillas como trofeo de tus aventuras.

De pronto, una señal de alarma alerta tus sentidos. Todas las ranas apostadas en la orilla del manantial saltan al agua chapoteando al unísono. Alguien se acerca. La vida secreta corre peligro de ser descubierta. Te escondes y aguzas tus oídos. Es ella, y por la cadencia de sus pasos deduces que anda distraída, pensando en sus cosas. Te apartas sólo ligeramente del camino. En tu condición silvestre puedes interpretar los ruidos y los gestos. El palpito de tu corazón se serena. Cuando ella camina así, con las manos en los bolsillos y la sonrisa perdida, no hay que preocuparse porque mira sin ver, está inmersa en otro mundo. Pasa casi rozándote y te traslada, como en un suspiro, una imagen. Ves a una niña rubia, más o menos de tu edad, tumbada en el suelo en actitud de acecho. La niña sujeta en la mano un trapo rojo y con él trata de atraer a un perezoso lagarto. Es la niña que ella fue y es una escena de su vida que ella te ha contado. Pero esta vez la has visto y sabes que ella está recordando sus vacaciones de la infancia. Te sientes orgullosa de tener tú también una vida libre y propia gracias a ella y a pesar de ella. La visión desaparece y se alejan los pasos. No tienes

tiempo de analizar lo sucedido, corres hacia la casa escondiéndote, para no ser descubierta, tras los helechos gigantes. Al llegar a la carretera eliges el camino subterráneo, la alcantarilla, que ya has utilizado en otras ocasiones. Te arrastras por el suelo con los ojos cerrados y los dientes apretados notando el roce de las telarañas y de los murciélagos enganchados en el techo. Has superado la prueba y sales del otro lado protegida por los árboles. Al llegar a casa, sofocada, sacudes la porquería de tu cuerpo y te diriges a la alcoba que compartes con tus hermanas. Antes de entrar, te asomas al espejo del cuartito de baño y echas una mirada cómplice a la niña valiente que ves en él reflejada, tienes la piel tan tostada que en familia te llaman «la negra». Has oído a algunos adultos decir que eres la más feúcha y a otros pronosticar que de mayor serás muy guapa. Tu mirada es de orgullo. No te importan las opiniones de los demás, no quieres convertirte en mayor ni en guapa, eres exactamente como deseas ser.

Hoy envidias esa seguridad que sólo disfrutabas en la infancia en tiempo de vacaciones.